

## ...CON VEINTIDOS AÑOS EN LA ENSEÑANZA...

### **“Si oímos hoy su voz, no endurezcamos el corazón” (Sal 95)**

Queriendo hacer un repaso a mi experiencia como profesional en la enseñanza, me vienen a la memoria los primeros trabajos que realicé: pintar paredes, montar muebles, clases particulares... Con veinte años, había descubierto que el trabajo era necesario para poder realizar el proyecto personal que uno perseguía... sin embargo, el trabajo no era una parte importante de ese proyecto, era solo un medio que lo posibilitaba. En aquel momento, ante una oferta laboral sólo preguntábamos por el sueldo y la dedicación... poco más.

Con veintidós años, con los estudios de Teología avanzados, me ofrecieron trabajar de profesor de Religión en un Colegio. Era media jornada con los alumnos mayores y se podía compatibilizar con la finalización de los estudios por lo que me resultó muy interesante y en la comunidad se acogió muy bien.

Esta experiencia me fue abriendo a una nueva realidad..., el trabajo. Más allá del sueldo y de la dedicación el trabajo me aportaba una “identidad”: era “Profesor”; y nuevas “responsabilidades”, pues además de aportarme *autonomía personal* y posibilitar la *responsabilidad con el proyecto comunitario*, me exigía también *responsabilidad sobre las personas (los alumnos)* y, era por ello, una ocasión de compromiso.

Al finalizar los estudios, como tantos otros trabajadores, no “elijo” mi profesión... no he vivido ese dilema de tener que buscar y elegir... sino que, doy y he dado gracias a Dios por tener la posibilidad de trabajar y de haber ido configurando mi vocación también desde el trabajo.

Durante los primeros diez años, como profesor-tutor, desde el trabajo voy haciendo lectura creyente de la profesión y confirmando mis convicciones personales:

Los alumnos, en cuanto personas, son “verdadero templo de Dios” y, por eso, son ocasión de encuentro con el Padre. En ellos descubro al Jesús joven y pobre que llama, posee, vincula y compromete. La oración personal, a menudo, se llena de sus rostros y referencias..., después van apareciendo también en la oración comunitaria y en la eucaristía.

El trabajo, en sí mismo, es ocasión para “transformar la sociedad en la dirección del Reino” y colaborar así en el proyecto creador de Dios. Voy experimentando –en el día a día- que hay una historia por hacer y un mundo por construir y liberar..., y que yo no soy ajeno a ello.

La experiencia de cansancio, de no llegar, de límite... las veces que la acción educativa llega “tarde” o no es adecuada... me hacen reconocer con humildad que sólo soy hijo y hermano..., me remiten a la experiencia bíblica del “siervo”... tantas veces “siervo inútil”... ¡Cuántas veces, también en la oración, he pedido perdón!

Este interés por los chavales y la acción educativa me ha vinculado con otros compañeros de trabajo con los que he compartido muchas fatigas y también,



muchas veces, referencias creyentes..., pero ha contrastado con otros que parece que sólo buscan mejorar sus propias condiciones laborales. Buscan “el mínimo esfuerzo”, “el horario cómodo”; pero, se “despreocupan de los problemas” y de las personas, especialmente de las que más necesidades educativas tienen.

Así, los últimos diez años me he visto en la necesidad de optar:

Optar por el trabajo bien hecho. Considero que no nos pagan sólo por trabajar... nos pagan por trabajar bien y sacar adelante a los alumnos, desde un proyecto educativo. Reivindicar el trabajo bien hecho no es un empeño de “perfeccionismo” o “superioridad”, es una toma de conciencia de que “no todo da lo mismo” y de que “los que se la juegan son los chavales”.

Optar por vincular el trabajo a la reflexión y a la formación permanente. Son muchas las situaciones que han ido incidiendo estos años en la enseñanza, nos hemos encontrado con la obligatoriedad de la escolarización hasta los dieciséis años, la multiculturalidad y la emigración, las nuevas tecnologías..., no está siendo fácil, para muchos, situarse en los nuevos contextos sociales. Esta nueva realidad exige nuevas “herramientas”... que, lógicamente, no se adquieren de la noche a la mañana... ni tampoco sin esfuerzo ni dedicación.

Optar por dar prioridad a las personas... Los jóvenes y adolescentes de hoy exigen una mayor implicación afectiva y demandan una atención personalizada... sin llegar al corazón de la persona resulta muy difícil abrir un proceso madurativo y de crecimiento.

Este planteamiento del trabajo como servicio, con implicación con las personas (alumnos, familias y compañeros de trabajo) con apertura a lo nuevo, dando prioridad a las necesidades de los alumnos... me ha alejado de la docencia y me ha llevado a la organización escolar desde la Jefatura de Estudios del Colegio. He podido, así, acercarme a la enseñanza “por dentro”, verle al Colegio “las tripas”...la otra cara de la docencia: la programación y los horarios, el proyecto educativo y las actividades complementarias, los problemas de convivencia y las valoraciones de alumnos y familias...

Hoy, con cuarenta y cuatro años, y... con veintidós años en la enseñanza, sólo puedo dar gracias a Dios y estar atento para que “si oímos hoy su voz, no endurezcamos el corazón” (Sal 95).

*Txema Sobrino*  
(Bilbao, enero 2009)